

EL LEGADO DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

POR

Arq. R. L. Bergés
Vice-Rector de Desarrollo

EL LEGADO DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Palabras pronunciadas por el
Arq. R. L. Bergés, Vice-Rector
de Desarrollo de la Universi-
dad Nacional Pedro Henríquez
Ureña, en la inauguración de
la muestra museográfica en la
Universidad Interamericana,
Ponce, P.R., Marzo 1985

Constituye para nosotros, los integrantes de la universidad dominicana que lleva por nombre el de ese ilustre hispano-americanista y humanista que fué Don Pedro Henríquez Ureña, motivo de gran satisfacción y orgullo el participar en este evento, que constituye además un hermoso gesto de acercamiento entre nuestros pueblos, tan ligados a través de la historia así como en sus manifestaciones culturales y en su fundamental identidad hispánica.

Ese gran hispano-americanista, de proyección mundial, nos dejó un legado de fecunda intelectualidad y sensibilidad como poeta, escritor, ensayista, crítico de arte en los campos de literatura, la música y la pintura, así como lingüista, filólogo, matemático, filósofo e historiador. La amplitud y profundidad de su erudición, su vocación hispanista y su gran amor por la patria grande que para él constituyó toda la América hispánica, constituyen ejemplos imperecederos que tienen una especial vigencia en estos días en que nuestro mundo se encuentra amenazado por una crisis de valores y de identidad posiblemente sin precedentes en la historia. Este modelo de comportamiento humano y de pensamiento humanista podría ser la clave que nos oriente en el campo de un nuevo estilo de vida basado en el rescate de los valores culturales y de la esencial identidad de los hombres, tan necesarios en esta era de la especialización y la cosmovisión materialista.

Quizás la mayor aportación que podamos realizar las univer-

sidades a nuestro mundo contemporáneo se encuentra en la formación de una juventud con claros conceptos de que la ciencia, la tecnología, los conocimientos en general, constituyen elementos estériles y quizás hasta negativos si no son orientados hacia el establecimiento de un sistema vital capaz de convertir al hombre en centro y meta de todo proceso de desarrollo y crecimiento económico, social y tecnológico. La vocación de magisterio, en nuestros días más que nunca, debe estar orientada hacia la formación de hombres dotados de un conjunto de ideas, criterios y conceptos humanistas que afirmen su sentido de identidad y su vocación de servicio a la humanidad, dotándolos asimismo de un equilibrio intelectual que evite esa tragedia humana a que nos enfrentamos tan a menudo en nuestro mundo moderno, de seres altamente especializados en algunos campos de la ciencia o de la tecnología y totalmente ignorantes de aquellas fundamentales vertientes del hombre que lo convierten en una entidad sui generis entre las especies biológicas. Ernesto Sábato, ese extraordinario hombre de letras argentino, expresó muy vivamente este concepto en un pensamiento sobre nuestro Pedro Henríquez Ureña que resume magistralmente su cualidad de hombre universal: "Fué un espítiru de síntesis, que ansiaba armonizar el mundo de la razón con el de la inspiración irracional, el universo de la ciencia con el de la creación artística. Su síntesis de individuo y universo, de razón y emoción, de originalidad y tradición, de concreto y abstracto, de hombre y humanidad es evidente en toda su obra de investigación y de enseñanza. No era un ecléctico; era

un romántico que quería el orden, un poeta que admiraba la ciencia."

Eugenio Pucciarelli, por otra parte, nos expresa también de una manera contundente esta filosofía al referirse a Don Pedro Henríquez Ureña en los siguientes términos: "Platónica era igualmente en Henríquez Ureña su estimación de la educación. Estaba firmemente persuadido de que el individuo no alcanza su plenitud en la soledad, sino en la comunidad, y que ésta impone sutiles exigencias. Creía que el ennoblecimiento moral sólo puede lograrse por el camino de la educación. No concebía a ésta como acumulación de saber sino como formación de un alma armónica. Y sólo puede alcanzarse la armonía allí donde se ha determinado la jerarquía de los valores que habrán de regir el comportamiento de los hombres. Pugnaba por una reforma de nuestros sistemas educativos, atentos en exceso a las exigencias del conocimiento y negligentes en lo que concierne a la formación moral del individuo. Creía en la eficacia de la prédica, aún en medios y épocas en que la palabra y el ejemplo parecen diluirse en el desierto. América Hispánica reclamaba, en todos los niveles, desde el más elemental de la escuela primaria hasta el más exigente de los grados superiores de la Universidad, información y disciplina, saber y técnicas de investigación y acción. La verdadera integración social, que los países de este lado del Atlántico reclaman con imperio, sólo podrá lograrse por el esfuerzo conjugado y sostenido de la educación. Pero la educación es también la posibilidad de un mayor acceso al goce de la belleza, una superación de la vulgaridad

en los gustos y en la apreciación de la obra de arte."

Finalmente, parece justo consignar lo que el propio Pedro Henríquez Ureña consideró como algunas concepciones fundamentales en su pensamiento como educador. En estos tiempos confusos, en que basamos nuestra visión del mundo en conceptos cuantitativos y en el desarrollo y manipulación de las riquezas materialistas, Don Pedro Henríquez Ureña nos exhorta a que "nuestra América debe afirmar la fé en su destino en el porvenir de la civilización" y en el hecho de que "en cada una de nuestras crisis de civilización, es el espíritu quien nos ha salvado... el espíritu ha triunfado, en nuestra América... ensanchémos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres, demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía. En el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones, pero todas estas diferencias, en vez de significar división y discordancia, deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana. Nunca la uniformidad, ideal de imperialismos estériles; sí la unidad, como armonía de las ultánimes voces de los pueblos."

En lo concerniente a la necesidad de producir hombres con una visión del mundo acorde con la personalidad cultural contemporánea y al mismo tiempo en consonancia con los más preciados valores de la civilización, evitando los especialismos alienantes

Don Pedro señaló: "El remedio, para nosotros, es sencillo: no perdamos de vista nuestra sana orientación latina, las tradiciones intelectuales que nos dieron el hábito de clasificar y coordinar los conocimientos, la noción clara de que cada disciplina esencial tiene su lugar necesario e insustituible en el programa de cultura que deben cumplir las escuelas."

"La alta cultura no es un lujo; los pocos que plenamente la alcanzan son los guardianes del conocimiento; sólo ellos poseen el laborioso y sutil secreto de la perfección en el saber; sólo ellos, maestros de maestros, saben dar normas ciertas y nociones seguras a los demás: a los profesionales, a los hombres de acción superior, a los guías de la juventud. Sin los maestros dueños de alta cultura, no tendría un país buenos hombres de profesión ni de enseñanza; vegetarán sus empresas, sus construcciones, sus leyes, sus escuelas."

Así, este gran hombre, esta alma noble y generosa, nos ha dejado un legado de erudición y sabiduría de extraordinario valor para nuestro mundo en transición. Este hombre que una vez nos dijo "no basta vivir para la educación... hay que sufrir por la educación", constituye uno de los hitos resplandecientes en el camino de hispano-america, en pos de su propia identidad y de su rol protagónico en nuestro mundo.

Don Ernesto Sábato, en este sentido, quizás haya sido quien mejor expresó la trascendencia de su paso por el mundo, con las siguientes palabras: "A medida que pasan los años, ahora que la

vida nos ha golpeado como es su norma, a medida que más advertimos nuestras propias debilidades e ignorancias, más se levanta el recuerdo de Henríquez Ureña, más admiramos y añoramos aquel espíritu supremo."